

rarme y ver si me tiene cuenta el irme allí, pues aunque aquí hasta la hora presente no nos falta para comer, pero están los comestibles y todo tan caro que no se podrá juntar nunca dinero para nada. Así te digo que cuando se acabe la recolección del café, me marcharé, si puedo, de aquí, porque en esta fazenda no podemos estar nada más que mientras dure el café, porque no nos dan ni siquiera un palmo de terreno para sembrar nada. Así es que si para entonces veo que no reúno los suficientes fondos para trasladarme á otra parte, tendré que optar con vosotros.

Esta carta se la presentas á Inocencio Morales para que la lea y lo mismo á todo el que pregunte por mí; tener entendido que no lleva exageración ninguna; que en ella digo la verdad, pues así os prometí hacerlo y cumplo lo ofrecido.

Y no teniendo otra cosa que deciros dar un millón de recuerdos á tu mujer é hijos á tu madre y hermanos, á Inocencio y su familia y vosotros los recibís de tu hermana que está mal y tus sobrinos y de este tu cuñado que te aprecia

Joaquín Romero.

LA CRUZ

El humilde hijo de Galilea, envió por los decretos del Eterno Padre á espíar los pecados del mundo y á libertar para siempre de esclavitud del ángel malévolo á cuantos arrastran la pesada cadena de la vida, iba borrando poco á poco con la estela sanguinolenta que dejaba á su paso por el largo camino del Calvario, las manchas que afrontaban á la Humanidad, sellando su sin par abnegación con su muerte en la muerte en la Cruz, tras inefables tormentos y suplicios.

Símbolo de la religión católica en el que los más preclaros entendimientos no saben admirar más; si los cruentísimos dolores

que padeció el que adelantándose á su época algunos siglos instituyó los divinos preceptos de caridad y de justicia que regirán eternamente en todas las sociedades, ó los incalculables beneficios obtenidos por su crucifixión.

Más, no solo es venerada la Cruz por lo que dejamos apuntado, sino que representando un baluarte inexpugnable en la mayoría de los actos de la vida, se acude á ella como áncora de salvación. La besa el soldado en el acto de la jura de la bandera prometiendo ser fiel á su patria hasta derramar la última gota de sangre, y cuando herido en el campo de batalla, escuchando los ayes de agonía de sus compañeros mezclados con el tronar de los cañones, la imprime un osculo en el puño de su espada, como único lenitivo de su prematura muerte.

El viajero que la observa en su camino tiende hacia ella una mirada de compasión, y á veces sin pronunciarla, consagra una oración en memoria del que vivió en los yertos despojos que señala. Y hasta los más opuestos á la religión católica, al vislumbrar los reflejos del infinito en los dinteles de la eternidad, se reconcentran en su espíritu por un ciego é innato sentimiento cuya causa es desconocida, y retractándose de sus ideas anticristianas, mueren abrazados al árbol divino que ven surgir en el fondo de su conciencia.

Ruegos al Alcalde

Sobre lo mismo

Señor: Vais á dar lugar á que arregie yo también los papeles y

me vaya al Brasil. ¿Por qué? Por no lidiar con Ud.

Nada, lo dicho. Me resulta usted á veces, mas «remolón» que un mal inquilino.

¿Por qué no riegan? ¿Por qué, Ud. de ordinario amable con todo el mundo no, lo es ahora con estos abrasados hijos del desierto... del desierto, si no también súcio y terregoso pueblo cueveuse?

¿Por qué señor, ya que tan fácil y barato es,—que demostrado lo tenemos,—no poneis de vuestra parte, para que nosotros, desheredados de Eolo, no envidiemos las delicias de los vaporarios? ¿Será acaso, por aquella *aplanante* razón que daba uno de nuestros celeberrimos «guindillns» al Capitán Orihuela, cuando lo preguntaba éste por qué no encendían los faroles del público alumbrado?

D. Manuel, por lo que Ud. más quiera, ¡que rieguen, hombre, que rieguen!

¿Y de los palos del Camino Nuevo qué?

Hemos hablado con algunos empleados de la Eléctrica y nos dicen que al ponerlos donde están, obedecieron órdenes suyas.

¿Qué trabajo cuesta á Ud. enviarles al memorable Eusebio con tanto recado, para que los pongan siquiera como está el último de ellos; esto es, junto á la barranda? ¿No ganaría con ello la estética y la seguridad individual?

¿Tendremos la satisfacción de dar á Ud. las gracias en el número próximo por atender nuestros ruegos, ó habrá polvo y palos para rato?

Veremos.

A.